

manchar su memoria, escribió en los últimos días de su vida á Madison encargándole su defensa póstuma. «Usted, le decía, ha sido para mí durante toda mi vida una columna fuerte; ampáreme también después de mi muerte.» Entre sus papeles se encontró la siguiente inscripción funeraria que había compuesto para sí, y que no menciona su cargo de presidente de la república: «Aquí yace Tomás Jefferson, autor de la declaración de independencia y del estatuto de Virginia, que proclama la libertad religiosa, y padre de la universidad de Virginia.»

CAPITULO VII

JACOBO MADISON

(1809-1817)

Los contemporáneos de Madison, que fué proclamado presidente el 4 de marzo de 1809, le describen algo bajo de estatura y con aspecto de pensador profundo é imponente, ojos azules y mirada penetrante, frente abultada, andar lento y hablar reflexivo. Su talento, sin embargo, no correspondía del todo á su aspecto, pues no pasaba de mediano. Holst hace su retrato en estos términos (1): «A pesar de estar dotado de mas penetración y sagacidad en materia política, y de principios mas firmes que Jefferson, dejése contagiado por las ideas particularistas de este, cuando estas ideas prevalecieron en Virginia. Faltábale independencia y firmeza de carácter, fuerza de voluntad para tener y seguir ideas propias, y por esto no pasó nunca su talento de ser el de un auxiliar precioso en manos de otros mas hombres de Estado que él. Cuando se vió colocado á la cabeza de la república, se mostró indeciso y sin iniciativa; de suerte que su administración fué puramente negativa.» Es verdad que las circunstancias eran desfavorables, difíciles y tristes cuando se encargó de la presidencia. El comercio interior y exterior estaba paralizado, la clausura de los puertos tenía los ánimos excitados, y el cielo político estaba cargado de negras nubes preñadas de amenazas, porque Inglaterra guardaba todavía rencor por la guerra de la independencia y por sus consecuencias, y deseaba una ocasión para hacerlo sentir á los americanos. La clausura de los puertos no era arma bastante para doblegar el orgullo inglés. No estaban mejor las relaciones con Francia. Napoleon se hallaba en el apogeo de su gloria y trató á los Estados Unidos, como á todas las demás naciones y gobiernos, con la insolencia brutal que le era propia. Los Estados Unidos no desempeñaban entonces ningun papel entre las demás naciones; estaban todavía en el período del primer desarrollo, carecían de fuerza armada imponente de tierra y de mar, y no tenían ni aun deseos de organizarlas. Miraban con indiferencia las sangrientas guerras que desolaban los países de Europa, y á su vez, los monarcas y los déspotas que llamaban suyos á los pueblos europeos apenas si pensaban en los Estados Unidos de América, como no fuera para odiarlos, porque ¿qué sería del mundo si los otros países fuesen imitándolos, si suprimiesen los ejércitos permanentes, si dejaran enmohecer sus armas de guerra, y si el mundo se trasformase en una vasta sociedad cuáquera, amiga de la paz y de la humanidad? ¿qué sería el mundo sin aristocracia, sin clero, sin condecoraciones, generales, cortesanos, lacayos ni servilismo?

Mientras la Francia tenía en pie ejércitos numerosísimos y las escuadras inglesas dominaban en todos los mares, la república norte-americana estaba inerme en frente de estos

(1) Autor de la obra alemana: *Constitución y democracia de los Estados Unidos*. Düsseldorf, 1873.

dos colosos que se habían repartido la tierra. Desde años antes sufrían los diplomáticos americanos humillaciones nunca toleradas en París y Londres, porque se sabía que á sus espaldas no había ejércitos ni armadas, sino un pueblo que carecía del sentimiento de nacionalidad y que no había mostrado todavía empeño en sostener su honor nacional; un pueblo que acababa de hacerse independiente y no merecía todavía el dictado de nación. Gracias á las economías de Jefferson solo había una sombra de marina, porque los cañoneros que aquel presidente había hecho construir movían á risa á los marinos inteligentes; los arsenales se hallaban en estado vergonzoso; la milicia estaba descuidada, y de la fuerza armada permanente no existía casi ni la sombra. En semejante estado de abandono, que habría sido inútil querer ocultar, la prudencia aconsejaba trabajar sin descanso para poner el país en estado de defensa y proceder á los armamentos necesarios para hacer frente al enemigo por mar y tierra; pero Madison era tan poco belicoso como su predecesor y continuó con el congreso la política vacilante, hasta que al fin el congreso y el presidente, impulsados por el grupo belicoso y enérgico, se decidieron, muy contra su voluntad, por la guerra.

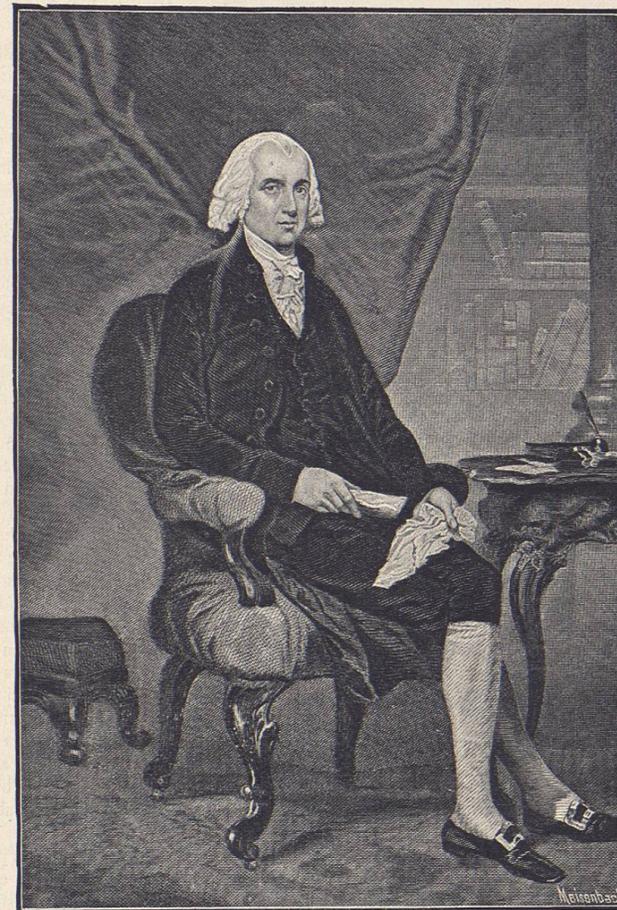
En el nuevo gabinete continuó Gallatin, que conservó la cartera de Hacienda; Smith, natural de Maryland, trocó la de Marina por la de Estado (negocios extranjeros), que dos años después, en 25 de noviembre de 1811, fué confiada á Monroe; en el ministerio de Marina entró Pablo Hamilton, de la Carolina del Sur, y en el de la Guerra Eustis, de Massachusetts. Gallatin y mas adelante Monroe fueron los hombres mas notables, por su talento y aptitud, del gabinete de Madison.

Al principio hubo esperanzas de un arreglo pacífico con Inglaterra; las negociaciones entre el ministro de Estado, Smith, y el embajador de Inglaterra David Erskine, hombre pacífico y conciliador, que hizo algunas concesiones, dieron buen resultado. El gobierno de la Union publicó, en 19 de abril, un decreto permitiendo el comercio con Inglaterra, que se había mostrado dispuesta á derogar sus decretos hostiles; lo cual causó gran alegría en todo el país, tanto que la oposicion en el congreso, convocado para una legislatura extraordinaria en vista del estado amenazador de la política, se abstuvo de provocar debates agrios, no obstante ser mas numerosa que antes. La alegría, sin embargo, resultó prematura, porque el gobierno inglés no aprobó las concesiones hechas por su representante y Madison tuvo que revocar á su vez el decreto que permitía el libre comercio. Erskine fué reemplazado por el nuevo representante Jackson, que se presentó altanero y dijo que los americanos habían abusado indignamente de su predecesor. En vista de semejante insulto, no quedó mas recurso al gobierno norte-americano que romper las relaciones diplomáticas y pedir el relevo del embajador, que fué llamado efectivamente por su gobierno. La irritación en toda la república fué grande y las relaciones con Inglaterra se fueron haciendo cada dia mas agrias.

La actitud del gobierno francés se parecía mucho á la de Inglaterra, porque respondiendo á la medida del gobierno americano que prohibía todo comercio con Francia, había publicado, en marzo de 1810, otro decreto declarando buena presa la de unos 150 buques norte-americanos apresados por franceses, y ordenando la confiscación de todo buque de los Estados Unidos que entrara en cualquier puerto francés. Napoleon, sin embargo, con la intención de empujar á los Estados Unidos á declarar la guerra á Inglaterra, se mostró alguna vez mas tratable, y en el mes de agosto del mismo año de 1810 hizo escribir al presidente de los Estados Unidos, por el duque de Cadore, que el emperador profesaba gran afecto á los americanos, que quería la prosperidad

del pueblo americano y de su comercio, y que si Inglaterra retiraba sus medidas contra los Estados Unidos, ó si estos declaraban la guerra á aquella potencia, él anularía pronto sus decretos de Berlin y de Milan. Eran promesas vanas, porque cuando al año siguiente pasó Barlow en calidad de embajador de los Estados Unidos á Paris, con el encargo de hacer reconocer los derechos de las naciones neutrales y obtener un documento oficial en que constara el arreglo convenido entre ambos países, tuvo que contenerse con la respuesta vaga de que el gobierno francés admitía en principio lo que la Union deseaba y procedería en consecuencia.

El embajador americano en Londres, que era Pinckney, trabajó en el mismo sentido, pero el gobierno inglés declaró que nada revocaría mientras el francés no retirase sus decretos sin reserva alguna, sin ambigüedades ni condiciones vagas. Viendo el ningun resultado que obtenía, regresó Pinckney á América en la primavera del año 1811.



Jacobo Madison

Los sucesos justificaron plenamente la prevision del gobierno inglés, porque después de haber decretado Madison, confiado en las promesas francesas, el restablecimiento del libre comercio con Francia, Napoleon, en lugar de cumplir lo prometido, declaró que los decretos de Berlin y Milan formaban parte de la legislación fundamental del imperio, y además se negó á pagar indemnización alguna por los buques americanos apresados.

Entretanto no faltaban cuestiones interiores importantes y algunas de gran trascendencia, entre ellas la de la admisión del territorio de Orleans como otro Estado en la Union. Esta cuestión dió lugar mas adelante, en noviembre del mismo año, á grandes debates. La oposicion decía que la

constitucion no permitía la admisión como Estado sino de aquellos territorios que lo eran al tiempo de publicarse, pero de ninguna manera la de aquellos que pudieran formarse con posterioridad, y menos los que se formaran al otro lado del Mississippi. Uno de los oradores de la oposicion, Josías Quincy, dijo en la sesión del 14 de noviembre de 1811: «Estoy firmemente convencido de que si se aprueba la admisión de Orleans quedan deshechos los lazos de nuestra Union; los Estados que la han formado quedarán libres de sus compromisos, y no solamente tendrán todos ellos el derecho sino que algunos tendrán también el deber de trabajar á favor de la disolución por medios pacíficos si es posible y cuando no por la fuerza... Se piensa en formar Estados

nuevos al otro lado del Mississippi, y la imaginación los ve ya formados hasta en California y en la cuenca del río Colombia. Deseo llamar la atención del congreso sobre las consecuencias que podrá acarrear a la Unión la admisión del territorio de Nueva Orleans, que significa una verdadera revolución en nuestra organización política. No hablo por aversión a los habitantes de Nueva Orleans, lo que me hace hablar contra su admisión es la convicción de que es incompatible con la libertad y la seguridad de mi país; esta admisión es un golpe mortal para la Unión, que podrá alargar su existencia pero que se arruinará inevitablemente.» A pesar de esto la admisión fue votada por gran mayoría. En la misma sesión se votó también la no renovación del privilegio del Banco nacional de los Estados Unidos.

Volvamos ahora a los conflictos internacionales. En mayo del mismo año de 1811 ocurrió un combate entre el *Presidente*, buque de guerra norte-americano de 44 cañones, y el buque inglés *Little-Belt*, de 18 cañones. Este último, se dijo, había sido atacado por el otro porque había apresado marinos americanos para hacerles trabajar en los buques de guerra ingleses; pero tuvo que rendirse a su contrario, después de haber perdido 31 hombres entre muertos y heridos. Los americanos pretendieron a su vez que el buque inglés había hecho fuego el primero. Poco faltó para que se entablara otro combate entre dos buques de guerra ingleses y la fragata americana *United States*; porque el gobierno americano iba construyendo y armando buques, y los ingleses iban aumentando, para no quedarse atrás, el número de sus cruceros que vigilaban todas las costas desde Maine a la Florida, apresando los buques que salían de los Estados Unidos o se dirigían a sus puertos.

Motivos sobraban, pues, para una guerra entre ambos países; pero a pesar de haber apresado ya los ingleses hasta 900 buques y 6,000 marineros norte-americanos, sin contar el valor incalculable de los cargamentos, y a pesar de no existir ya la neutralidad sino de nombre y de haber desaparecido de los mares casi completamente la bandera de la Unión, todavía se habría podido evitar la declaración de guerra si hubiese llegado a tiempo a América la noticia de que el gobierno francés primero y luego, en 23 de junio, el inglés habían revocado los decretos hostiles al comercio de los Estados Unidos. Por desgracia, aquella no llegó sino cuando la declaración estaba ya hecha y el partido belicoso no podía ni quería retroceder.

Los jefes del partido de guerra en el congreso, Enrique Clay, diputado del Estado de Kentucky, y Caldwell Calhoun, que lo era de la Carolina del Sur, habían conseguido arrastrar el congreso y el senado a declarar la guerra. Clay había llegado a ser presidente del congreso, y como tal, la persona más importante de la república de los Estados Unidos después del presidente, y Calhoun era presidente de la comisión encargada de los asuntos relativos a las relaciones extranjeras. El informe que esta comisión presentó al congreso contenía, entre otros, los pasajes siguientes: «El pueblo americano no puede de ningún modo ver con indiferencia injusticias tan brutales como infames. Debemos elegir entre la sumisión pasiva y la resistencia por los medios que Dios ha puesto a nuestro alcance... La comisión opina que en estas circunstancias el congreso tiene el deber de apelar al patriotismo y a los recursos del país.» A esto añadió Clay: «Es necesario que la importación de mercancías extranjeras disminuya en nuestro país; no debemos en adelante depender para vestirnos de países extranjeros, acaso enemigos. La nación que recibe sus vestidos del extranjero carece de independencia, como el que depende del extranjero por las sustancias alimenticias que consume.» Así hablaban los je-

fes del partido democrático o sea particularista que deseaba la guerra, y para sacar al presidente de su táctica de temporizaciones, le indicaron que si no se pronunciaba por la guerra, no sería reelegido. Este era el punto vulnerable de Madison, el cual no quería ser menos que su predecesor; por eso, contra su convicción, se pronunció por la guerra, a cuya resolución contribuyó también una comunicación fechada en 4 de marzo de 1812 y enviada por el representante de la Unión en Londres, J. Russel, la cual decía, entre otras cosas: «Creo que ya no existe esperanza alguna de evitar con honra la guerra.» Robustecida así la decisión de Madison, propuso este al congreso en 1.º de abril embargar todos los buques que se hallaran o entrasen en los puertos americanos. El embargo debía durar 60 días, pero este plazo fue luego alargado hasta noventa. En 1.º de junio envió el presidente al congreso un mensaje confidencial en el cual decía: «En pocas palabras resumida, la situación es la siguiente: Inglaterra hace la guerra a los Estados Unidos y estos continúan en paz con ella; es pues de importancia suma determinar si hemos de continuar espectadores pasivos de los continuos saqueos y ultrajes cada día mayores, o si hemos de rechazar la fuerza con la fuerza, en defensa de nuestros derechos naturales... No dudo que vuestra decisión será digna del cuerpo que representa un pueblo varonil, libre y poderoso.» En 3 de junio presentó Calhoun al congreso el informe de la comisión de que era presidente, sobre las causas de la guerra con Inglaterra, en el cual decía que el apresamiento de marineros americanos, el bloqueo sistemático, las instigaciones a los indios y el mantenimiento de los decretos contra el comercio americano exigían imperiosamente que los Estados Unidos acudieran a las armas para remediar tantos males, «y a fin de que el mundo sepa que hemos heredado de nuestros padres no solamente la libertad sino también la fuerza y la voluntad para conservarla.» Al día siguiente de la lectura de este documento votó el congreso, y el 17 de junio el senado, la declaración de guerra. Esta resolución estaba redactada en los términos siguientes: «Decidimos que se declare la guerra, y por la presente la declaramos, entre la Gran Bretaña, con Irlanda y todas sus colonias, y los Estados Unidos de América con sus territorios. En su consecuencia, autorizamos por la presente resolución al presidente para disponer con este objeto toda la fuerza armada, terrestre y marítima, y a conceder patentes de corso a los buques armados de particulares de los Estados Unidos contra los buques, los súbditos y las propiedades de la nación a la cual hemos declarado la guerra.»

Ya en la votación de esta resolución pudieron convencerse Clay, Calhoun y sus partidarios, de que el mismo partido democrático (particularista), que constituía en el congreso una mayoría de 70 votos, estaba muy lejos de participar de su entusiasmo bélico, porque la mencionada resolución fue adoptada solo por 30 votos de mayoría, es decir, por un total de 79 diputados, de los cuales 36 representaban Estados del Sur y los demás Estados del Norte. En el senado fue adoptada, solo después de 14 sesiones de debates agitados, por 19 votos contra 13. Los Estados del Norte, a excepción de Vermont, Nueva York y la mayor parte de New-Jersey, estaban contra la guerra. Esta minoría justificó su oposición en una proclama que dirigió a sus electores y que produjo gran efecto en toda la república. De ella copiaremos aquí el final, que dice así: «¿Cómo puede una nación como los Estados Unidos, dichosa por sus condiciones locales, lejos del teatro sangriento de la guerra, con innumerables puertos que abren ancho horizonte a todos los genios emprendedores, con un territorio mayor de lo que necesita, sin enemigos interio-

res, y sin temor de verse atacada por fuera, sin necesidad ni deseos de hacer conquistas, cómo puede esta nación arriesgar todos estos bienes lanzándose a una guerra con otra nación afín? Y aun admitiendo que la guerra llegará a darnos la satisfacción de nuestras quejas, ha de parecer imperdonable que nos queramos exponer a las desgracias que la guerra no puede menos de traer indefectiblemente.... Verdad es que dicen que nuestro honor nacional nos impone la guerra, pero ¿es este honor nacional un principio que reclama venganza y que solo puede ser satisfecho con sangre? Si es así, ¿por qué no exige nuestro honor nacional también la guerra con Francia?... Lo cierto es que haciendo la guerra a Inglaterra nos ponemos al lado de la Francia, y quedamos expuestos a sufrir la misma suerte de los Estados que combatiendo bajo las banderas del emperador de los franceses han descendido a ser sus vasallos. Por fin, no podemos menos de preguntar: ¿Qué pueden ganar los Estados Unidos con esta guerra contra Inglaterra? Lo que pueda ganar algún particular que arme un buque en corso, ¿indemnizará a la nación de las pérdidas que sufra su comercio cuando la formidable marina de nuestro adversario le excluya de todos los mares? ¿Podrá el Canadá indemnizarnos de la pérdida de Nueva York? Si asolamos las pacíficas colonias inglesas, que ningún mal nos han hecho, ¿no mereceremos su venganza? En una crisis universal como la presente, y haciendo las reflexiones que hemos apuntado, los que firman no pueden considerar la guerra, en que manos ocultas acaban de precipitar a los Estados Unidos, ni como necesaria, ni como exigida por ningún deber moral, ni como plausible bajo el punto de vista político.»

Macon, uno de los representantes de la Carolina del Norte, dijo en el curso de los debates: «Espero que esta guerra no será la de un partido, sino una guerra nacional.» Mejor explicó esta misma idea otro diputado llamado Webster, si bien desde el punto de vista contrario, porque Macon la emitió en són de propaganda: «No es la cooperación de un partido,—dijo Webster en el congreso,—la que se necesita para que el país pueda conducir a buen fin una guerra larga, sangrienta y costosa. Esto habría sido menester tener presente antes de decidirse por la guerra. Otros sentimientos y otros motivos más elevados han de concurrir y apoyar la guerra si esta ha de ser coronada de buen éxito.» El ya mencionado diputado Quincy, siempre franco y acertado en sus discursos, señaló también esta vez el punto de la dificultad, diciendo que no había en la república sentimiento nacional. «Ni los labradores ni los comerciantes en los Estados del Norte, dijo, sienten entusiasmo por la guerra, y no pocos profesan las ideas cuáqueras, que consideran toda guerra como un delito.» En efecto, la mayoría del parlamento de Massachusetts, que era federalista, calificó la declaración de guerra de acto de necedad incomprensible y desesperado, si bien recordó a los ciudadanos el deber de acatar y obedecer todas las leyes y disposiciones adoptadas constitucionalmente, y les recomendó que rechazaran las tentativas que tuviesen por objeto hacerse justicia por medio de la fuerza o por uniones contrarias a las leyes. Con más violencia habló el clero protestante en los Estados del Norte, pues condenó y anatematizó la guerra desde el púlpito, y uno de aquellos puritanos dijo en un sermón: «Esta guerra inaudita, traída por los cabellos y provocada bajo los pretextos más frívolos y miserables, es condenada por Dios; condenadla también, amados hermanos, en todas partes y a todas horas. Que Madison, que ha declarado esta guerra, la haga; pero vosotros, si no queréis rebajaros a ser esclavos de estos esclavos de los esclavos franceses, romped el lazo, y ciudad de tener una participación verdadera en el gobierno.

Modificada la constitución, y puesto que hace ya tiempo que no existen los Estados Unidos, nos constituiremos en uno de los Estados no unidos.» Otro predicador exclamó desde el púlpito: «Ningún esclavo negro en el Sur ha obedecido a la primera señal de su amo con tanta presteza como esa cáfila de mercenarios ha obedecido a la señal de Napoleón. ¡Que todos cuantos han apoyado esta guerra infiel ardan eternamente en las llamas del infierno!» Jay se expresó con más moderación, diciendo que una vez declarada la guerra era deber de la nación prestar todos los auxilios que la constitución permitiera; pero que los que como él consideraban esta guerra innecesaria, extemporánea y declarada sin provocación de la parte contraria, debían declarar también colectiva o individualmente su opinión como él la declaraba con franqueza.

Es, pues, evidente que una gran parte de la nación careció en esta ocasión de entusiasmo por la guerra. El presidente del estado de Connecticut se negó a cumplir la orden de convocar las milicias y ponerlas a disposición del gobierno de la Unión, y el parlamento del mismo Estado aprobó su conducta. El presidente de Massachusetts observó una conducta análoga, contentándose con pasar aviso a los milicianos para que estuvieran preparados a acudir a la primera señal a donde fuesen llamados, pero añadiendo que hasta entonces permaneciesen en sus casas. Igualmente fría se mostró la opinión en Rhode-Island, Nueva York, New-Jersey, Delaware y Maryland. Madison no podía quejarse, porque estos Estados procedían simplemente según el tenor de la declaración de Virginia redactada por Madison en 1798, cuando el congreso había acordado la ley contra los extranjeros y la de orden público.

Por insignificante mayoría consiguió el partido de la guerra, en Nueva York, elevar a su candidato a la presidencia de este Estado, en cuya cámara de representantes tenían no obstante mayoría los partidarios de la paz.

En el duodécimo congreso de los Estados Unidos resultó haber bajado la mayoría democrática de 70 a 46. En esta legislatura dejaron traspasar este partido y el presidente su deseo de venganza, negándose a facilitar al Estado de Massachusetts las armas que pedía y acordando diferentes medidas que, como sabían muy bien sus autores, perjudicaban a los Estados del Norte más sensiblemente que a los del Sur, focos del partido llamado democrático. Entre estas medidas estaban la clausura de los puertos de Boston y de los Estados de la Nueva Inglaterra, clausura que Madison propuso al congreso en 9 de diciembre de 1813, y la prohibición total de la introducción de mercancías por buques ingleses, que el congreso acordó. Estas disposiciones provocaron de parte del Estado de Massachusetts una declaración muy semejante a la de Virginia del año 1798 y que decía, entre otras cosas: «Se abusa de la autorización de reglamentar el comercio cuando se emplea para destruirlo; pero el abuso manifiesto autoriza la resistencia, por ser una usurpación directa y evidente. Los Estados se reservaron su soberanía tanto para proteger a sus ciudades contra actos despóticos de la Unión como para arreglar sus asuntos interiores. Nosotros rechazamos con desprecio el pensamiento de ver rebajado el Estado soberano, independiente y libre de Massachusetts a la categoría de un mero municipio, sin facultades para proteger a sus ciudadanos y defenderlos contra toda opresión, venga de donde viniere. Violado el pacto nacional y oprimidos los habitantes de este Estado por disposiciones crueles y no autorizadas, toca a este parlamento (de Massachusetts) usar de su poder para arrancar la víctima de las manos de su opresor. Este es el espíritu de la Unión, y así mismo lo explicó ese hombre (Madison) que ahora pisotea